

Estos «Poemas del amor doliente» no tienen la voz un poco femenina de Amado Nervo, ni la sugerencia dolorosa de Magallanes Moure. Son el grito del hombre fuerte a pesar de su expresión galante, del amoroso turbulento que fuera Chocano en su peregrinaje sin reposo.

Si este libro no añade nuevas glorias al nombre del poeta trágicamente desaparecido, nos muestra la múltiple riqueza de su emoción y de su técnica.—C. P. S.

■  
<https://doi.org/10.29393/At149-256ATEF10256>

ELEGÍAS FAMILIARES, por *Luisa Pérez de Zambrana*.—Cuadernos de cultura.—La Habana. Cuba, 1937

La Dirección de Cultura dependiente de la Secretaría de Educación de Cuba, con la publicación periódica de los «Cuadernos de Cultura» está realizando una hermosa obra divulgativa al entregar al público en ediciones manuales y cuidadas, que se reparten gratuitamente, libros de los escritores cubanos más representativos del siglo pasado. El último volumen es el dedicado a Luisa Pérez de Zambrana—«la más insigne elegíaca de nuestra lírica», según Enrique José Varona— con motivo de haber sido el 25 de agosto del presente año el primer centenario de su nacimiento. El tomo contiene una selección de la labor poética de esta escritora. Se incluye además en él la página que le consagra José Martí y los ensayos de Enrique José Varona y José María Chacón y Calvo; éste último es el director de los «Cuadernos».

Luisa Pérez de Zambrana nació el 25 de agosto de 1837, en la provincia de Oriente, Cuba, en una hacienda cercana a la aldea del Cobre y murió próxima a La Habana, en 1922. En 1856 publicó su primer libro de poemas; pero ya en 1854 habían aparecido versos suyos en algunos periódicos de Santiago de Cuba, entre ellos *El orden* y *El redactor*. En 1858 contrajo

matrimonio con un médico cultísimo—el doctor Ramón Zambrana—siendo éste «el suceso romántico de su vida». Desde ese año Luisa Pérez de Zambrana colaboró en los principales periódicos de la isla. Desde que murió su esposo en 1866, cerca a la poetisa una serie de infortunios que no terminaron sino con su muerte, viviendo generalmente en la pobreza. En 1918, el Ateneo de La Habana le dió un homenaje en el cual leyó Enrique José Varona el ensayo que se adjunta a este volumen. En 1920 se editó, debido a la iniciativa y generosidad de Félix Calleja y del doctor Carlos Miguel Céspedes una edición completa de sus versos con un prólogo de Enrique José Varona.

A pesar del tiempo transcurrido desde que fueran escritos estos versos—casi todos a mediados del siglo pasado—hay en ellos un sentido de permanencia, es decir, de actualidad, no en cuanto al motivo de los mismos, si se quiere, pero sí, en su realidad expresiva, en su transparencia interna y en la fluidez con que han sido desarrollados. Pocas, poquísimas poetisas americanas de su época pueden ser leídas ahora con menos resistencias, con menos dificultades que Luisa Pérez de Zambrana. Su sentimiento es simple y sosegado y elemental la trabazón de sus cantos; dolores corrientes en el ser humano—muerte del esposo, de los hijos—los alimentan, pero se distinguen por su decencia formal, por la capacidad para limitar su angustia y traducirla en cierta tranquilidad, alejada del lamento exagerado, de la hiperbolización del sufrimiento. Contiene la afluencia externa de la tragedia de su vida, la purifica y aseá y con honesta serenidad le imprime a sus versos una tristeza sin violencias, sin desgarros, sin sollozos estridentes. Es más bien un tono de melancólica insistencia el que los frecuenta.

«En los idilios de sus primeros años—dice Chacón y Calvo—idilio suave con el bosque amado, con el buen sol que se esconde y con la tarde que una estrella alumbra, deja transparentar Luisa su amargura por esa orfandad temprana. Si esta poesía de niñez e ingenuidad tiene, con tanta frecuencia, los

tintes evanescentes de una balada del norte, es porque hay aquí una melancolía perenne, una vaga tristeza, un duelo de la infancia que acompañara toda una vida.

«Hay también un sosiego, una apacible ternura, un recogimiento que esta poesía se aparta de la predominante en la época—la época de la elocuencia de Luaces y los absurdos legendarios de Fornaris—para estar muy próxima al verso claro de Mendive, y a los cantos crepusculares de Zenea. Pero no se establezca una filiación literaria, que el arte de Luisa Pérez, tan ajeno a los puros procedimientos técnicos, se resiste al encasillado de las clasificaciones sistemáticas. En su aspecto expresivo, propende a la frase directa; en su elaboración interna no hay ímpetu sino moderación, no hay la elocuencia razonadora y concreta sino una realidad emotiva, vagarosa, crepuscular. Tiene el sentido de lo pasajero, de lo transitorio, que se asocia a recuerdos fundamentales:

¡Oh, mi casita blanca, recordando  
el tiempo que pasara sin congojas,  
viendo correr el agua y escuchando  
el ruido cariñoso de las hojas!

La naturaleza, con sus árboles, sus pájaros, sus lagos, sus ríos; el cielo, con sus astros, son también elementos de apoyo de la poesía de Luisa Pérez e intervienen a menudo en la estructura de ella, dándole suavidades de égloga a varios de sus cantos.—A. T.

DEL DIARIO DE MI AMIGO, por Félix M. Pelayo.—Talleres Gráficos Argentinos. 1937.

Es M. Félix Pelayo un escritor argentino de una labor literaria no muy extensa, pero que tiene la singular cualidad